

Entrevista a Margarita Fernández Mier (arqueóloga)

Con motivo de su participación en las III Jornadas de Patrimonio Cultural organizadas por La Ponte-Ecomuséu entrevistamos a una investigadora muy vinculada a nuestro valle y a nuestra organización: la doctora Margarita Fernández Mier. “Sancloyana” de nacimiento y “belmontina” de adopción, actualmente es profesora titular de Historia Medieval en la Universidad de León, y a lo largo de su carrera ha sabido integrar su buen saber hacer con un compromiso hacia los territorios donde trabaja. En esta entrevista nos cuenta cómo se ha ido forjando como investigadora y lo que ha aprendido a lo largo de estos años sobre el mundo rural y sus problemas. Desde su privilegiado punto de vista y como buena conocedora de nuestra compleja problemática, su testimonio está lleno de referencias al futuro y aporta muchas ideas útiles que nos pueden ayudar a afrontarlo. La entrevista se divide en dos bloques: uno dedicado a analizar cómo ha ido evolucionando la investigación sobre el período medieval en el Valle del Trubia hasta llegar a nuestros días. Y finalmente un segundo bloque en el que se trata el tema de la gestión patrimonial en estos territorios además de algunas cuestiones más generales, como el papel que las humanidades juegan en la sociedad actual.

Bloque uno. La investigación.

Buenos días Margarita. En primer lugar queremos darte las gracias acceder a esta entrevista en nombre de La Ponte-Ecomuséu y del equipo editorial de esta revista. Para empezar e ir metiéndonos en materia nos gustaría que nos contases cuáles fueron tus inicios como investigadora.

Gracias a vosotros por la invitación a participar en estas III Jornadas de Patrimonio, para mí siempre es un gusto compartir todo lo que hacemos desde nuestros equipos de investigación.

Pues me inicié en la investigación de la mano del profesor Fernández Conde cuando estudiaba 2º curso de la licenciatura de Historia. Comencé colaborando en las investigaciones arqueológicas que se estaban realizando en los yacimientos de Valdedios (Villaviciosa) y Doña Palla (Pravia). Este contacto con la arqueología medieval me llevó a participar en excavaciones durante los veranos en otros yacimientos peninsulares, Vascos (Toledo), Mérida... siempre con una cronología que se movía entre la Antigüedad y la Edad Media. Ya en los últimos años de la carrera colaboré, a través de una beca, en un proyecto de investigación dirigido por el mismo Javier Conde que tenía como título "Investigación etnohistórica sobre dos concejos de la montaña asturiana: Teberga y Quirós". Como ves, un inicio relacionado con la labor desarrollada desde el área de Historia Medieval de la Universidad de Oviedo, donde el magisterio del profesor Fernández Conde y las profesoras María Jesús Suárez e Isabel Torrente marcó en gran medida mi posterior investigación en Historia Medieval.

¿De ahí nace tu vinculación con el Valle del Trubia?

Precisamente, nace a raíz de la colaboración en ese proyecto de investigación. El objetivo era comprender la historia del territorio utilizando la información histórica y la antropológica, un proyecto con una fuerte vocación interdisciplinar y muy innovador para el momento en que se realizó, inicios de los años noventa. En el marco del proyecto colaboraron un amplio número de alumnos en grupos de trabajo que centraban la investigación en temas concretos como la organización del espacio agrario, la estructura del poblamiento, el estudio de las mentalidades o las manifestaciones artísticas. Fue una buena escuela de aprendizaje y como resultado de la investigación se publicaron varios artículos sobre ambos concejos. En el caso de nuestro equipo de trabajo, que nos ocupábamos del espacio agrario en Teberga, publicamos un estudio sobre la organización agraria en los pueblos del Privilexu (Parmu, La Foiceicha y La Vila de Su), un catálogo de la documentación del Archivo del palacio del conde de Agüera y otro trabajo sobre el despoblado de Presorias (Valdesanpedru). Quizá sea este último artículo sobre Presorias el más interesante de los publicados ya que la combinación de los datos históricos, arqueológicos y toponímicos permitió caracterizar un despoblado medieval, un tipo de yacimiento arqueológico poco conocido en Asturias. Posteriormente se publicaron algunos artículos más teóricos en

los que se reflexionaba sobre la metodología de trabajo utilizada en dicha investigación, que marcó las líneas de trabajo posteriormente en arqueología rural y arqueología agraria que ahora se están consolidando y están teniendo una importante repercusión a nivel nacional e internacional.

Y sobre la gente local, ¿saben los teberganos qué fue Presorias? ¿Cuál ha sido la relación de la Academia con el mundo rural en todo este tiempo? ¿Ha cambiado algo a lo largo de estos veinte años de investigación?

Durante el tiempo que duró el proyecto hubo una continua relación con la sociedad de los dos concejos, se hicieron charlas y al menos una gran parte de la gente sabía que se estaban realizando estudios de historia y etnografía. Una vez finalizado el proyecto, poco a poco los canales de comunicación se fueron cortando y, como pasa habitualmente, el conocimiento queda restringido a las publicaciones especializadas y no existe una buena transmisión de la información a la sociedad. En el caso concreto de Presorias, la gente seguirá perpetuando las tradiciones que habían llegado hasta nosotros por tradición oral: que antiguamente en la zona había un pueblo que se abandonó, dando como explicación razones de carácter natural, pero pocos conocerán el valor arqueológico que tiene la zona. Creo que, en general, los estudios académicos y más concretamente los históricos han actuado durante décadas al margen de la sociedad. Hemos investigado territorios y sociedades y en pocas ocasiones hemos profundizado en los canales por lo que esa información histórica, que tiene que ver con las prácticas del trabajo campesino ligado a un buen conocimiento del paisaje, puede convertirse en herramienta que permita una mejor comprensión de la realidad rural actual. Esta situación parece que está cambiando en los últimos años y a ello han contribuido tanto la profunda desestructuración del mundo rural y la toma de conciencia de la necesidad de poner en marcha políticas que frenen esa progresiva despoblación de las áreas rurales, como la crisis de las Ciencias Sociales y las Humanidades. En las Universidades comienzan a consolidarse grupos de trabajo con una clara orientación de volver la vista hacia los grupos sociales investigados, siendo conscientes de que la información que se genera desde los proyectos de investigación tiene que convertirse en una herramienta práctica que permita acercarse a la complejidad

de la sociedad, especialmente la rural, y que ese debe ser el punto de partida para abordar las actuaciones de futuro, aunque la situación es difícil de revertir.

¿En qué punto está la investigación sobre la edad media en el Valle? ¿Qué avances se están haciendo?

Probablemente el Valle del Trubia sea uno de los espacios de Asturias mejor conocidos desde el punto de vista de la Historia Medieval; el hecho de contar con un buen corpus documental ha atraído a un buen número de investigadores. Además de los resultados del proyecto antes mencionado, se han realizado dos estudios sobre los concejos de Quirós y Teberga, uno a cargo de Belén González Collado, El territorio de Quirós en época medieval y otro elaborado por Ana Fernández Suárez titulado: Teverga: un concejo de la montaña asturiana en la Edad Media. Más recientemente se han realizado otras dos tesis doctorales, en este caso con un punto de vista microespacial, la realizada sobre el concejo de Santuadrianu y la aldea de Villanueva (Estudios Multiescalares sobre la Alta Edad Media en el Valle del Trubia, de Jesús Fernández) y el estudio sobre el pueblo de Banduxu, realizado por Iván Muñiz López; un estudio de un microterritorio en la larga duración (El pueblo dormido: Banduxu (Proaza). Historia, paisaje y arqueología de la aldea asturiana). A estos trabajos hay que sumar los estudios realizados sobre el monasterio de Santuadrianu de Tuñón, tanto desde el punto de vista histórico, con los importantes trabajos elaborados por Fernández Conde y Pedregal Montes, así como el estudio monográfico sobre la Iglesia realizado por el profesor Caballero Zoreda (desde la perspectiva de la arqueología de la arquitectura). También hay que mencionar algunos artículos relacionados con diversas intervenciones arqueológicas, generalmente relacionados con las iglesias, como Santuadrianu y San Pedru d'Arroxu. Creo que es un amplio balance que muestra la evolución de la historia y la arqueología medieval en los últimos veinte años en Asturias: desde trabajos basados principalmente en la documentación escrita, hasta una paulatina aproximación al paisaje, primero a partir de la prospección sistemática del territorio, utilizando toda la información que nos ofrece la superficie, hasta las intervenciones arqueológicas. Una arqueología que paulatinamente se ha ido desmonumentalizando; si en un primero momento el objeto de atención eran exclusivamente los grandes monumentos, principalmente las iglesias, hemos ido cambiando el punto de mira hacia el paisaje en general, intentando comprender en toda su complejidad,

cómo se produce esa interrelación entre el ser humano y el medio y cómo se va generando el paisaje que contemplamos en la actualidad. El último paso en esta complejización de la investigación arqueológica es lo que hemos denominado arqueología agraria.



Margarita Fernández Mier.

Participando en las III Jornadas sobre Patrimonio Cultural.

¿Qué es la arqueología agraria?

Es una línea de trabajo, que aún tiene una corta historia, que nace en el seno de la Historia Rural Medieval y que tiene como objetivo comprender el paisaje rural en toda su complejidad y de forma diacrónica. Esto supone abordar el estudio del paisaje rural desde la arqueología, interviniendo no solo

en los lugares de hábitat, objeto principal de atención por parte de la arqueología tradicional, sino también en todos aquellos elementos del paisaje que nos den información sobre las actividades económicas de los grupos humanos: terrazas de cultivo, infraestructuras hidráulicas, construcciones ganaderas, límites de territorios, construcciones relacionadas con los aprovechamientos del bosque, etc. Y utilizando una amplia analítica que va desde los estudios de los elementos arqueobotánicos y faunísticos en los yacimientos, a la micromorfología de suelos (características del suelo a escala microscópica), pasando por estudios de pólenes; una amplia información que nos permite comprender las pautas económicas de los grupos sociales investigados, así como los procesos de formación de los paisajes actuales.

Últimamente tu equipo de trabajo está muy volcado en la investigación de los comunales ¿por qué? ¿Tienen algún interés para el futuro de Asturias? ¿Si lo tiene, en qué sentido, en qué pueden contribuir a transformar ese futuro?

Estamos colaborando con un grupo de trabajo europeo en la redacción de un proyecto de investigación que tiene como finalidad comprender la importancia que históricamente han tenido los espacios de uso comunal, pastos y bosque principalmente, en la historia del mundo rural. Es un tema al que siempre se ha dedicado un espacio marginal en los estudios históricos, y que se ha visto revitalizado en la última década a raíz de los trabajos de la Premio Nobel Elinor Ostrom. Nuestro objetivo es comprender el papel que estos espacios han tenido en las comunidades rurales de Asturias, con especial atención a las zonas de montaña, ya que consideramos que el carácter resiliente -capaz de adaptarse a cambios- que tiene el hábitat de estas zonas se debe en buena medida en las posibilidades económicas que ofrecían los espacios de uso comunal. Para poder abordar la gestión de estos espacios en el futuro es necesario comprender de forma poliédrica su origen, como se llevaba a cabo su aprovechamiento, las formas de gobernanza por las cuales se regían en tiempos pretéritos... lo que nos permitirá analizar con mayor precisión las formas de propiedad actuales, de gran complejidad y diversidad, de cara al diseño de nuevas herramientas de gestión. En nuestro caso, una de las líneas de trabajo, en consonancia con lo que hemos definido como arqueología agraria, es utilizar la arqueología en las zonas de uso comunal, para comprender los aprovechamientos de estas zonas en época pretéritas y a la vez revalorizar su carácter patrimonial.

Bloque dos. La gestión del patrimonio local.

Háblanos del Parque Cultural del Camín Real de la Mesa, tanto esfuerzo e inversión ¿por qué fracasó?

Probablemente yo no sea la persona más adecuada para contestar a esta pregunta, de hecho recientemente se ha publicado un trabajo, realizado por Pablo Alonso y Alfredo Macías (Neoliberalismo corporativo y clientelismo en España: Etnografía de la financiación europea del desarrollo rural a través de un proyecto fallido) en el que se analizan las claves de ese fracaso. Indudablemente como en todos los hechos, no podemos incidir en una sola causa, es necesario tener en cuenta una serie de variables que van desde la lentitud con la que la sociedad española asimila conceptos sobre los que se lleva años discutiendo en Europa, es el caso del concepto del paisaje cultural sobre el cual pivotaba todo el proyecto hace ya diez años, hasta los intereses del clientelismo político a nivel local. Básicamente creo que existe una total desconexión entre los grandes proyectos que se diseñan desde los entes políticos y la sociedad sobre la que se está decidiendo, cuyas voces generalmente se distorsionan a través de los agentes transmisores; en este caso concreto, probablemente no era el momento adecuado para poner en marcha un proyecto que ponía el énfasis en revalorizar lo local, en la necesidad de poner en el centro de discusión el concepto del paisaje cultural sobre el natural, y en enfatizar en la importancia que el ser humano había tenido en el proceso de generar el paisaje actual. A mediados de la década pasada, la política tenía más interés en macro-proyectos que supusieran una gran inversión que en reflexiones sobre cómo se había gestado el territorio y el potencial que éste tenía.

¿Cómo ves ahora el patrimonio local, su gestión en la comarca del Valle del Trubia? ¿Se ha avanzado algo desde tu proyecto?

Voy a poner un ejemplo clarificador. En San Salvador d'Alesga se construyó una macro-infraestructura cultural, el Parque de la Prehistoria, que no vamos a analizar desde el punto de vista museográfico ni

económico. Desde el camino que va del pueblo al Parque, hay una impresionante vista de las ruinas del castillo medieval de Alesga, en total estado de abandono y que año tras año se deteriora más. Es cierto que se han colocado carteles con una mínima explicación histórica, pero eso no basta. Mientras se invertía en grandes infraestructuras culturales, se abandonaba el variado patrimonio local; una racional política de inversiones de menor cuantía hubiera posibilitado la conservación y revalorización del patrimonio local, que es el elemento identificativo de una comarca; a la vez esto favorecería la mayor movilidad de los visitantes por el territorio. También hay que reconocer que en algunos casos se ha hecho un esfuerzo en la rehabilitación y conservación de algunos elementos emblemáticos, como ocurre con las iglesias y algunos elementos etnográficos, pero casi siempre desde una consideración del patrimonio como elementos aislados y no desde una visión integral del patrimonio.

Eres miembro del consejo asesor de La Ponte-Ecomuséu ¿De dónde viene esa relación? ¿Qué opinas del proyecto, cuáles crees que son sus fortalezas y debilidades?

El origen de mi relación es personal. Fui la codirectora de la tesis doctoral de su director, Jesús Fernández Fernández, que realizó una investigación en la línea de la arqueología agraria. Creo que el ecomuseo es una de las consecuencias de la línea de trabajo sobre Historia Rural nacida en el seno del Área de Historia Medieval de la Universidad de Oviedo a la que al principio hacía referencia, que a lo largo de los años se ha ido enriqueciendo y cada vez ha ido buscando una mayor relación con la sociedad investigada. Asistí al nacimiento del proyecto, tuve varias discusiones con Jesús especialmente en relación con la experiencia fallida del proyecto del Parque Cultural del Camín Real de la Mesa. Es cierto que en ese caso la iniciativa nace de la misma sociedad y no como el mencionado proyecto que se gestó en las instituciones, aunque fuesen las de carácter más local. La principal fortaleza del proyecto es la imbricación entre la investigación, no sólo histórica, sino también sobre nuevas formas de gestión del territorio y la transferencia del conocimiento a la sociedad, lo que permite manejar información cualitativa que favorece la discusión y la reflexión. Eso lo convierte en un elemento vivo en continua evolución que facilita su adaptación a la cambiante realidad. La ausencia de grandes infraestructuras difíciles de mantener económicamente y la utilización complementaria de recursos ya existentes y del territorio en general, lo convierten en una herramienta muy dinámica. Uno de los principales problemas es la

financiación, se trata de un proyecto autogestionado que no recibe ayudas estatales por decisión de los socios; creo que este tipo de iniciativas no deben renunciar a este tipo de apoyos económicos, surgen de la mano de grupos de gente implicados en la problemática de la sociedad rural actual, ponen en marcha iniciativas diferentes que implican a la colectividad y que pueden tener repercusión sobre un amplio grupo social, por lo tanto han de poder beneficiarse de los apoyos económicos que proceden del erario público. Eso sí, consiguiendo mantenerse al margen de los clientelismo políticos que en la mayoría de los casos traen consigo la consecución de este tipo de ayudas.

**¿Conoces el Valle antes y después de la llegada del turismo? ¿Lo encuentras muy cambiado?
¿Por dónde crees que puede ir su futuro?**

Desde mi primera publicación histórica sobre el valle -que data de 1990 y que supuso la realización de un exhaustivo trabajo de campo- hasta hoy, han cambiado bastantes cosas en el Valle (de hecho hasta ha cambiado el nombre). El proceso de despoblación se ha acentuado, igual que en toda la Asturias rural, y la apuesta por el turismo ha favorecido la transformación de la fisonomía de algunos pueblos, en los que se ha pasado de una mayor importancia del sector primario a una presencia más activa de las actividades ligadas al sector servicios, que se concentran en determinados puntos y épocas del año. Esto ha significado la pérdida o sustitución de muchos elementos identificativos de la sociedad rural en favor otros recursos productivos; evidentemente el desarrollo de nuevos nichos económicos no es negativo, pero sí lo es que acaben desplazando por completo las actividades relacionadas con el sector primario, ya que entonces se desvirtuaría por completo la sociedad rural. Creo que uno de los principales problemas del mundo rural actual es de carácter identitario y educativo. Durante décadas hemos asistido a la inculcación de unos valores gestados en el ámbito urbano, que han dado mayor cualificación social a las actividades relacionadas con el sector secundario y el terciario y que ha menospreciado los trabajos relacionados con la agricultura y la ganadería. El abandono del mundo rural no sólo está relacionado con la falta de posibilidades económicas de los territorios rurales, sino con la visión peyorativa y de minusvaloración social que se han transmitido sobre estas actividades desde la época del desarrollismo franquista. Esto ha ido socavando los valores identitarios de la sociedad rural que, por un lado se siente

identificada con un determinado territorio y forma de vida, y por otro se ve arrastrada por la idea de que el progreso y triunfo social está relacionado con la vida y los valores urbanos. Creo que para poner en marcha buenas políticas de desarrollo rural es necesario partir de un adecuado diagnóstico de la situación actual, desde un estudio antropológico que analice estas cuestiones y que sea totalmente consciente de los valores sociales que se transmiten en las escuelas. Buena parte de los maestros no tienen ninguna implicación con el territorio en el que desarrollan su actividad docente y priman visiones globalizadoras que no tienen en cuenta el contexto en el que están actuando.

Una última pregunta. ¿Cómo ves el futuro de las humanidades y qué papel crees que pueden jugar en la coyuntura actual?

No es una pregunta que se pueda resumir en un párrafo. Las humanidades han ido perdiendo paulatinamente su lugar en una sociedad que cada vez da mayor importancia al conocimiento tecnológico sobre el científico y que considera que los estudios deben servir ante todo para capacitar a alguien a desempeñar un trabajo práctico. Una sociedad que todo lo mide según parámetros economicista y que exige a las humanidades una rentabilidad económica cortoplacista. Frente a esto se alzan unos estudios humanísticos que en las últimas décadas no han sabido reaccionar ante esta situación y que en muchas ocasiones se han ido atrincherando en un conocimiento meramente acumulativo y sin conexión con las grandes problemáticas de la sociedad actual. Esto lo puedo ilustrar con un ejemplo muy reciente: imparto clases en las facultades de filosofía y letras y de educación de la Universidad de León. Esta semana, tras los graves atentados de París perpetrados por grupos yihadistas, les pregunto a mis alumnos en qué asignaturas han tratado estos graves sucesos y qué claves históricas y sociales les han dado (algunos cursan el grado de Historia) para explicar la compleja situación de Oriente Medio. Mi sorpresa fue mayúscula cuando descubro que el hecho en cuestión no ha sido comentado en las aulas, es más, la mayoría de mis alumnos no tienen un conocimiento mínimo que les permita interpretar con cierta complejidad la sociedad globalizada actual. Una academia que ha ido olvidando que el conocimiento humanístico ha de permitir realizar un análisis crítico de la sociedad actual, pierde su razón de ser. Creo que la reactivación de las humanidades ha de nacer del propio seno de estas disciplinas que han de saber formar personas con capacidad crítica y analítica que les permita desenvolverse en un abanico

amplio de trabajos y que les dote de herramientas para analizar la sociedad de forma compleja, poder ofrecer alternativas a los grandes retos de la sociedad actual y plantearse nuevos objetivos de conocimiento. Si esto lo aplicamos a la sociedad rural sobre la que venimos hablando en esta entrevista, el diseño de los futuros planes ha de pasar por un buen conocimiento histórico, antropológico y sociológico de la sociedad rural que ayude a tener un profundo conocimiento de nosotros mismos y del papel que puede desempeñar lo local en una sociedad globalizada. Es cierto que generalmente las políticas vienen definidas por tecnócratas que demandan soluciones cortoplacistas en el que las reflexiones complejas tienen escasa cabida, pero el victimismo y el anquilosamiento unidos a la ausencia de respuestas contundentes por parte de las Humanidades no van a ayudar a revertir la situación actual.